

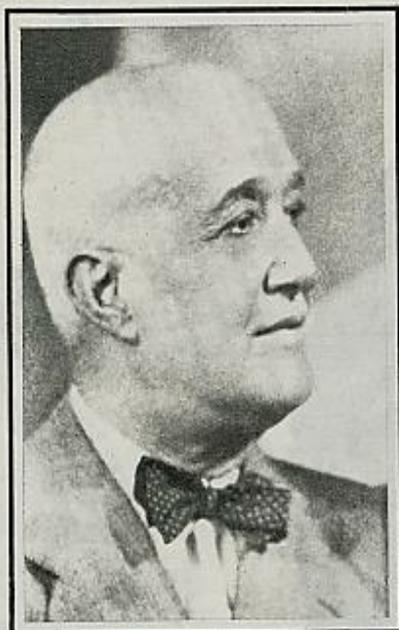
EL SIMPATICO VITTORIO DE SICA

H

ACE algún tiempo, en Roma, en un círculo cultural, se organizó un coloquio sobre Vittorio de Sica y su obra cinematográfica. En presencia del director, que estaba sentado en primera fila, muchos nombres importantes de la crítica, de la literatura y del periodismo, expresaron su juicio entusiasta. A cada intervención, el público aplaudía y De Sica —inmóvil la gran cabeza blanca— casi intentaba esconder un ligero rubor llevando la mano a la altura de la nariz. En cierto momento, un escritor llamado a dar su opinión, no pudo resistir la tentación de volverse hacia De Sica y llamarle maestro. Entonces, el director no sólo se cubrió la nariz, sino toda la cara; y permaneció así algunos minutos, hasta que aquél terminó de hablar y el público de aplaudir.

Aquel día estábamos en el círculo y nos sentábamos casi junto al maestro. Cuando De Sica se cubrió la cara, ni por un momento pensamos que estuviera emocionado. A través de aquellos dedos redondos, con las puntas amarillas de gran fumador, se veía que se estaba divirtiendo. Lo que no significa que el director no crea en su propio talento. Pero cuando le llaman maestro no puede por

SIGUE



El padre, Umberto.



De soldado, en Roma, en 1922.



Su primera salida a un escenario.



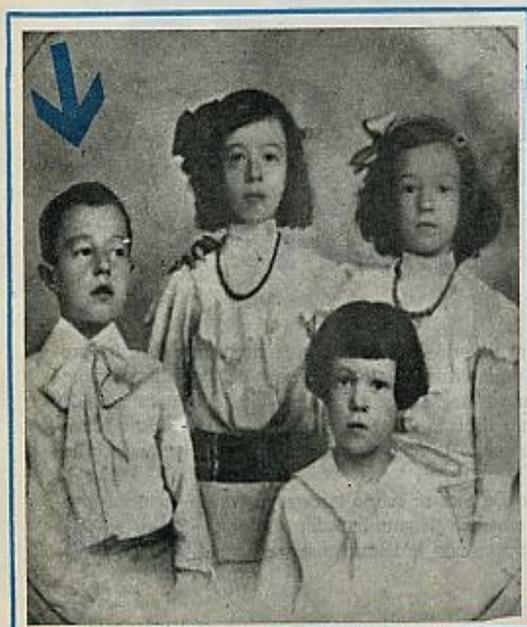
En escena, con la Rissone y Melnati.

EMPEZO LA CARRERA DE ACTOR

menos de sonreír, y esto le sucede con frecuencia, porque los críticos, los estudiosos de cine, insisten en querer adivinar entre las líneas de su producción cinematográfica significados profundísimos que él ni ha soñado. Esto le pasa desde 1942, cuando dirigió su quinto film, titulado «Los niños nos miran», sacado de la novela «Pricò», de Cesare Giulio Viola y con guión de Cesare Zavattini. Sin embargo, este film fue presentado recientemente en la televisión y todos han podido ver cómo la historia de «Los niños nos miran» es melancólica, crepuscular, sin sobrentendidos, contada con gusto, pero sin intenciones ocultas. Por su parte, la crítica ha preferido «descubrir» los secretos de este film de De Sica y hablar de «mensajes». Dice uno de los críticos: «Los términos de un asunto clásico se hacen en De Sica elementos de un conflicto dramático que se resuelve en la denuncia del conformismo pequeño-burgués».

No sabemos si De Sica al leer estas palabras (que son de Carlo Lizzani, en «Historia del cine italiano», pág. 100) se había llevado las manos a la cabeza. Pensamos que si hay una cosa que De Sica no hará nunca es denunciar a la pequeña burguesía: ha nacido pequeño-burgués y ha vivido del pequeño-burgués. Basta oírle hablar de su hija Emi: «Es universitaria». Lo dice con orgullo y con respeto. Porque el hoy director famoso sólo tiene estudios de contabilidad y su hija está a punto de ser «doctor».

Vittorio de Sica nació en Sora, en la provincia de Frosinone, hace sesenta años, el 7 de julio de 1901. Napolitano era sólo el abuelo Vittorio, director de la cárcel de Cagliari. En Cagliari nació Umberto, el padre del realizador. Empleado en el Banco de Italia, casó con Teresa Manfredi y fue trasladado a Reggio Calabria en 1900. Su sueño era ser trasladado a Roma o al menos a Nápoles; escribía poesías, tocaba el piano, coleccionaba autógrafos de actores. Cuando estaba a punto de nacer Vittorio, la familia De Sica fue conmovida por una desgracia: Sisina, la sirvienta que habían tomado a su llegada a Calabria, había denunciado a los carabinieri al terrible bandido Musolino, que, por aquellos tiempos, campaba por sus respetos en Reggio y sus alrededores. El bandido había hecho saber



De Sica, a los siete años, con sus hermanos.



Vittorio de Sica dirige, en el Teatro San Carlos de Nápoles, el final de una de sus últimas películas: «El Juicio Universal». Actores y figurantes están pendientes de sus palabras.

PORQUE NO ENCONTRABA UN PUESTO DE CONTABLE

que se vengaría: Sisina, atemorizada, no salía de casa. Y tampoco salía la señora De Sica, que, muy asustada, estaba todo el día detrás de las persianas y veía por todos los sitios fusiles dispuestos a la venganza. El contable Umberto de Sica informó a sus superiores de la situación y pidió que le enviaran a Roma; le mandaron a Sora, en Ciociara. Aquí, como hemos dicho, nació Vittorio por culpa del bandido Musolino.

Algunos años después nacieron María, Elena y Elmo. Desde Sora, Umberto de Sica fue trasladado a Florencia y, más tarde, habiendo abandonado el Banco de Italia, aceptó pasar a formar parte de una pequeña compañía de seguros con tal de vivir en Roma. Quería que su hijo Vittorio pudiera realizar los sueños de artista, a los que él había debido renunciar. Pero Vittorio parecía de opinión distinta: «¿Qué quieres ser de mayor?», le preguntaban, y el pequeño De Sica contestaba: «Cajero de Banco».

En 1913, un periódico romano publicó un extraño anuncio para aquellos tiempos: una casa de producción cinematográfica buscaba un niño que pudiera hacer el papel de Clémenceau, joven, en un film dirigido por Edoardo Bencivenga e interpretado por Francesca Bertini y Gustavo Serena, dos grandes actores de la época. Papá De Sica convenció a Vittorio que se presentase a Bencivenga. El muchacho no quería hacerlo: «Me da vergüenza», decía hablando mitad en napolitano, mitad como hablan en Ciociara. Después, acompañado por el padre, se presentó; fue elegido, actuó en el film («L'affaire Clémenceau») y ganó sesenta liras, que sirvieron para pagar matrículas.

En casa de De Sica el problema de la comida diaria estaba siempre presente; por eso Vittorio quería «un puesto seguro», un sueldo fijo, la seguridad de la pensión. Su primera experiencia cinematográfica no le interesó. Volvió a casa y decía que, por las noches, se le aparecía Francesca Bertini, agarrada a las bambalinas y con los ojos desparpavidos.

A los dieciocho años obtuvo el diploma de contable; pero el «puesto» no se encontraba. Existía el problema de los licenciados del frente y la prioridad la tenían los ex combatientes. Vittorio de Sica se inscribió en la Facultad de Economía y Comercio, pues con la licenciatura podría encon-

trar más fácilmente trabajo. Mientras, junto a compañeros de curso, participaba en las representaciones de La Atelana, una compañía de aficionados que había sido bautizada así por Gabriel d'Annunzio. En 1921 hizo el servicio militar con el I Granaderos de Roma. Había allí un individuo que hizo rápidamente carrera; en tres meses le nombraron sargento mayor: se llamaba Humberto de Saboya, y era hijo del rey.

En 1922, vuelto a la vida burguesa, comenzó a ir a la Universidad. Y allí encontró un amigo, Gino Sabatini, muy elegante, con un traje de franela gris, de chaqueta cruzada y sombrero flexible. De Sica, que se fijaba en estas cosas, le miró con envidia. «No, no soy rico —le dijo Sabatini—; son las ropas del oficio: para ir tirando me he metido a cómico». «¿No habría algún trabajo para mí? Provisionalmente, porque si llega la convocatoria del Banco de Italia, lo dejo.»

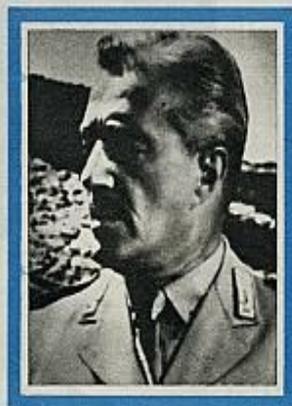
Así fue cómo De Sica se hizo actor. Le presentaron a Tatiana Pavlova, que le hizo recitar una poesía. «Preséntese dentro de una semana, con su equipo», dijo la actriz. El contrato de extra estaba dispuesto. Su nombre fue apuntado en la nómina de la compañía con 28 liras al día. Vittorio estaba triste: este trabajo no iba con él; en cambio, el padre se sintió satisfecho. Cuando supo la noticia del contrato, mandó a comprar a la taberna de abajo una botella de vino de Asti.

El vestuario era un problema. En aquella época, para un actor, era indispensable tener un guardarropa bien abastecido. Renato Cialente, otro actor de Tatiana Pavlova, presentó a De Sica a un sastre de Roma, que le abrió crédito. Seis trajes de mañana, tres de tarde, un smoking, sombreros, camisas, corbatas; de las 840 liras al mes que ganaba De Sica, 500 se iban al sastre. Mientras la compañía estuvo en Roma, todo fue bien, porque Vittorio siguió viviendo y comiendo en su casa. Pero cuando comenzaron los viajes y traslados, vino el hambre más negra. De Sica, que debutó como camarero en la comedia de Korossov, «Sueño de amor», había pasado ya al mes de contrato a hacer papeles de galán segundo en «Miss Hobbs», de Jerome K. Jerome.

En Ferrara, una tarde de invierno de 1923, se representaba «La SIGUE



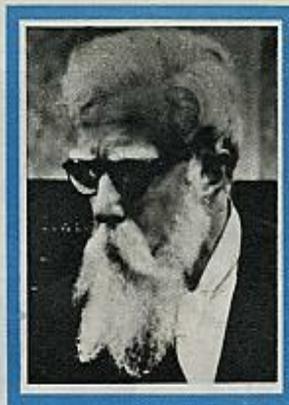
Jugador.



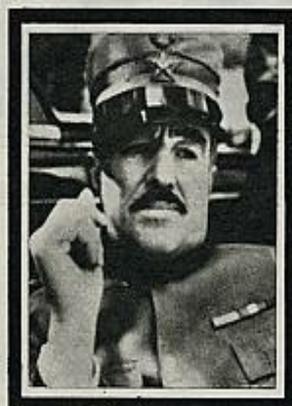
Mariscal.



Bribón.



Presidente.



Oficial médico.



Oficial español.

COMENDADOR DEL CINE ITALIANO, GALAN CREPUS

dama de las camelias» y De Sica era Gaston, el rico amigo de Margarita. En la escena en que tira los billetes de banco a la cara de la protagonista, debía cantar, acompañándose al piano, una cancioncilla francesa, con tono sardónico. La canción decía: «Il est un petit homme tout habillé de gris...» Llegado a este punto, De Sica se detuvo y cayó sobre el piano. Los compañeros de escena comprendieron en seguida la tragedia: para poder comprarse una peluca, Vittorio hacía tres días que comía sólo castañas. Y hacía tres días que decía: «Me pesan en el estómago, voy a estallar». La Pavlova salvó la situación; mientras se hacía volver en sí a Vittorio, que quedó tendido tras el piano, improvisó: «¡Qué loco es Gaston! ¡Siempre gasta estas bromas!» Y Cialente: «Sí, ahora nos quiere hacer creer que está borracho, borracho de amor...»

Más tarde, Vittorio de Sica entró a formar parte de la compañía de Italia Almirante-Manzini, como galán segundo. Como el crítico milanés Renato Simoni se había fijado en él y lo había elogiado mucho, los empresarios pensaron aumentarle la paga: de 28 a 30 liras al día.

En 1927 su nombre apareció en mayúsculas en los carteles, junto a Sergio Tofano, Luigi Almirante y Giuditta Rissone, una joven actriz piamontesa. Vittorio y Giuditta se enamoraron rápidamente. Diez años después se casaron en Roma. Pero en aquellos diez años a De Sica le habían ocurrido muchas cosas: ante todo, se había convertido en una estrella. No en el escenario, como él esperaba, sino en el cine.

En teatro, efectivamente, no había tenido un gran éxito. Todos decían: «Qué simpático, no es guapo, pero gusta». Sin embargo, nadie preveía el éxito. Fue trabajando en una revista de Dino Falconi y de Oreste Biancoli («Luces de la ciudad») donde logró destacarse. Hacía un poco de todo: desde la caricatura de Ludovico, el abuelo de vía Veneto («Ludovico, eres dulce como un higo...»), al oficial de caballería, de vieja estampa, que contoneándose habla a un amigo sobre las «diabluras» de los tiempos modernos. Con «Luces de la ciudad», De Sica y sus compañeros obtuvieron un gran éxito.

Era en 1930, el año del primer film hablado italiano («La canzone dell'

amore», de Gennaro Righelli). La Cines, que era una de las principales casas de producción nacional, dirigida por Stefano Pittaluga, comenzó a buscar actores que gustasen al público. Así, uno a uno, casi todos los protagonistas de «Luces de la ciudad» fueron absorbidos por el cine. Todos menos De Sica. «Este chico no puede gustar; con la nariz que tiene no será nunca nada», decía Pittaluga cuando le hablaban de De Sica.

Pasaron dos años. En 1932, Mario Camerini estaba preparando para la Cines una película, con asunto de Aldo de Benedetti, titulada «Qué bribones son los hombres». Cuando se trató de contratar al protagonista, Camerini se quedó parado y dijo: «Necesito a De Sica». Stefano Pittaluga no quería oír hablar de él: «Es un muerto de hambre, no es un conquistador», decía. Camerini, a escondidas, hizo una prueba a De Sica. Para hacer desaparecer las mejillas hundidas, le llenó la boca de algodón, pero fue un desastre: Vittorio hablaba como el que ha perdido los dientes. Sin embargo, era el tipo que se necesitaba: delgado, descuidado, alto, los dientes blancos, la nariz pronunciada. Pittaluga se convenció por fin. Cuando en 1932 toda Italia cantaba «Háblame de amor, Mariú, toda mi vida eres tú», intentando imitar a De Sica, que la interpretaba en la película, Pittaluga encontró un día a Camerini, se le puso delante y le dijo: «¿Ha visto? ¿No le había dicho yo que De Sica tenía porvenir?»

Desde entonces han pasado exactamente treinta años. Y hace treinta años De Sica se convirtió en una estrella de primera magnitud. Decía con gracia, sonreía, cantaba. Escribe Arthur Mayer, un entendido en cine americano, a propósito de De Sica: «Entre 1930 y 40, De Sica era el ídolo romántico de la pantalla en Italia. Era el Rodolfo Valentino local y era considerado un conquistador tan irresistible, que a las hijas de familia respetable se les ponía en guardia contra él, lo que aumentaba su popularidad».

Con el cine, con el éxito, con el dinero que le llovía con extrema facilidad (y que él con facilidad gastaba), De Sica olvidó el Banco de Italia y su diploma de contable. Ayudó a sus hermanas, que mientras tanto se habían empleado, y llamó a su hermano Elmo a su lado, como secretario. Aún hoy,



Señor.



Espadachín.



Presidiario.



Vividor.



Millonario.



Comandante.



Cargador.

CULAR... Y GRAN REALIZADOR DEL NEORREALISMO

Elmo de Sica es la sombra de Vittorio: distinto físicamente (es pequeño, grueso), tiene, como el director, el carácter socarrón, la misma mirada a veces astuta, a veces distraída.

«La secretaria para todo», «¿Desea el señor?», «Daré un millón», «No te conozco», «No es cosa seria», «Estos chicos», «El señor Max», «La mazurca de papá», «A sus órdenes, señora», «Grandes almacenes», «Loca de alegría», «La aventura del piso de arriba», «Si yo fuese honrado», he aquí algunos títulos entre los más significativos de la biografía de Vittorio de Sica-actor de 1932 al 42. Elsa Merlini, Giuditta Rissone, Assia Noris y María Denis fueron las actrices que figuraron casi siempre al lado de «ese simpático De Sica», como decía el público. En los últimos tiempos hubo otra actriz que apareció junto a él, con mayor insistencia, y no sólo en la pantalla. Hablamos de María Mercader, nacida en Barcelona el 6 de marzo de 1918, y que debutó en Roma como actriz en 1939 con «El secreto inviolable».

La unión entre Giuditta Rissone y Vittorio de Sica, no obstante el nacimiento de Emi, en 1938, naufragó. El actor pidió y obtuvo de la mujer la separación matrimonial, conservando con ella buenas relaciones. De su unión con María Mercader nacieron dos niños, Manuel Vittorio en el 49 y Cristina Antonio en el 51.

Más de una vez el director ha intentado encontrar una vía de salida a su delicada situación matrimonial. En San Marino, donde solicitó la anulación de su primer matrimonio, no obtuvo éxito. En México (el 26 de junio de 1954), el tribunal de Ciudad Juárez concedió el divorcio, pero como no es válido para las leyes italianas, De Sica prefirió desmentir claramente la noticia. Después, los abogados le aconsejaron pedir la ciudadanía del Liechtenstein. Pero aunque la petición había sido ya enviada a Vaduz, capital del Principado, no se hizo nada porque las autoridades locales habían mostrado cierto rigor con Sofia Loren y Carlo Ponti, que intentaron el mismo camino.

Hemos visto juntos recientemente a Giuditta Rissone y a Vittorio de Sica. Ella parecía, no obstante, una mujer tranquila y serena. Se preocupaba del café que debía llevar al marido, de su abrigo, del queso que debía estar

dispuesto para cuando terminase de rodar una escena. Estábamos en Hamburgo, durante las tomas de «Los secuestrados de Altona», versión de la obra teatral de Jean Paul Sartre, interpretada por Sofia Loren y Maximilian Schell. Durante todo el tiempo que estuvieron en Hamburgo su mujer y su hija, De Sica estaba siempre a su lado.

Hoy De Sica piensa sólo en el trabajo. Duerme cuatro o cinco horas cada noche; sonríe si le llaman maestro, porque sabe que alcanzó el primer éxito cantando «Háblame de amor, Mariú» y «Ludovico». Acaso echa de menos aquellos tiempos. Hoy es un director al que se considera «comprometido». En cambio, a nuestro parecer, en todos sus films, De Sica ha permanecido siendo el que era en los tiempos de «Luces de la ciudad»: un cantante amable, instintivo, un poco poeta y un poco contable.

Cesare Zavattini, que es uno de los más fieles colaboradores de De Sica, le ha transmitido esa porción de intelectualismo que, manejado por el director, no cansa. Sin embargo, hay que decir que el gran público, el que llena las salas de los barrios, sabe poco de De Sica director. El gran público italiano quiere al De Sica mariscal junto a Gina Lollobrigida; quiere al De Sica jugador empedernido en «Oro de Nápoles»; quiere al De Sica abogado y cantante malo de «Otros tiempos».

Con frecuencia, han hecho decir a De Sica que a él no le gustaban aquellos papeles y que los hacía sólo porque le pagaban bien y le daban la posibilidad de hacer films artísticos. No es verdad. A De Sica le pagan bien aunque sólo dirija, y, por tanto, no tendría necesidad de comprometerse como actor si no creyese en lo que hace. De Sica, cuando dirige un film, incluso interpreta; hace el papel de director famoso. Y lo hace tan bien que los actores quedan encantados y dan lo mejor de ellos mismos. Así es como Sofia Loren ha ganado el Oscar. ¿Por qué no lo ha ganado De Sica, que ha sido el director? Porque los jurados americanos no le vieron mientras dirigía; en ese caso, es seguro que le habrían dado una de las famosas estatuillas de oro.

ALESSANDRO PORRO